

LA GRAN MURALLA

El vuelo a Hong Kong se desarrolló normalmente, no obstante Alberto Barloa no podía con su ansiedad. Cuando aterrizaron, el periodista suspiró satisfecho. Era la segunda vez que realizaba este viaje por trabajo, pero ahora le quedarían algunos días libres y deseaba aprovecharlos para poder conocer la Gran Muralla.

Una vez que cumplió con la nota encomendada por un canal de la televisión argentina para asistir a una exposición de vinos que pretendían ingresar al mercado chino, se dispuso integrar un tour y disfrutarlo.

La mañana se presentaba diáfana. ¡Qué buenas saldrían las fotos! pensó sorteando la marea humana y, cámara en mano, caminó hacia el punto de partida. Avanzado el paseo, el sonido de fondo eran exclamaciones en los distintos idiomas de sus compañeros de viaje, maravillados por la grandiosidad de la obra.

En algún momento le pareció escuchar voces con acento argentino, volvió la cabeza y vio a una jovencita con el pelo negro bien cortito, vestida de blanco y cubierta hasta el cuello, desde donde pendía un cristo con los brazos en cruz. La acompañaba un hombre mayor, de elegante sport que podría ser su padre y un segundo hombre, alto y fornido que parecía no intervenir en la conversación de aquellos. El hombre mayor hablaba y gesticulaba con enojo, como reclamando algo a la joven, que miraba el suelo afligida. Alberto sintió que la gente lo empujaba, sin querer se había alejado del guía, retomó su camino y los perdió de vista.

Se imaginó hombres ciclópeos, de largos brazos, grandes manos, fuerte fibra, construyendo semejante muralla. Reflexionó que la grandeza de los chinos no estaba dada por la altura precisamente, sino por la fortaleza de su espíritu. Concluía que poder, ambición, guerras, templanza, sometimiento, torturas, tal vez fueran los elementos de construcción de este muro. Ladrillo a ladrillo, vida a vida, quizá por ello sea casi indestructible.

Acostumbrado a los largos viajes y conocedor de otras bellezas arquitectónicas del mundo, Alberto disparaba su cámara desde todos los ángulos posibles, sonriendo de placer, disfrutando el momento a pleno. Quería llevarse las mejores imágenes de esa serpiente enorme y desnuda que ascendía montañas, descendía valles, una vez y otra vez, zigzagueante y tenaz hasta ser devorada por el horizonte.

De regreso al hotel decidió cenar temprano y acostarse, se sentía cansado. Antes, ingresó en Internet para ver las noticias del día y supo que el obispo argentino Monseñor Pablo del Prado visitaba la comunidad cristiana argentina en China y daría una conferencia de prensa esa misma noche en la embajada argentina. Curioso y periodista al fin, contempló la posibilidad de obtener una buena nota. Tal expectativa le hizo olvidar su cansancio y hacia allí partió.

El recinto estaba colmado por la prensa y el acto estaba a punto de comenzar. El conductor anunció la presencia de Monseñor del Prado. Cuando éste ingresó, Alberto se asombró: era el hombre mayor al que acompañaba la jovencita de blanco en el tour de la mañana, y el segundo hombre era ahora anunciado como su traductor. La actitud alerta de este último le hizo pensar a Alberto que podría ser algo más que traductor.

Terminada la conferencia de prensa, un periodista de la BBC le preguntó a Monseñor si estaba al tanto de la noticia sobre la joven misionera argentina que había aparecido muerta esa mañana cerca de la Gran Muralla. Alberto quedó perplejo. El prelado, mirando fijo a su interlocutor y con cara de afligido dijo que había tomado conocimiento por la televisión, que lo lamentaba mucho y que ojalá se aclarara todo. Y agregó: los hombres y mujeres de Dios desde siempre han sido perseguidos. Alberto atinó a preguntarle:

Monseñor ¿no visitó hoy la Gran Muralla?

Nuevamente la mirada penetrante y respondió:

Imposible hijo, desde que llegué he estado tan ocupado que no he podido salir del hotel. Ésta es mi primera salida. Con esa frase y dando a entender con un gesto que era suficiente, se retiró seguido de su acompañante.

A su regreso, Alberto reveló las fotos, habían salido espléndidas; se quedó con una en la mano... En ella Monseñor del Prado y su traductor, ambos, acorralando a la joven misionera quien, de espaldas, afirmaba sus manos al gran muro. En su pecho brillaba el cristo con los brazos en cruz.

A la mañana siguiente, muy temprano se dirigió a la fiscalía para presentar la denuncia. Al entrar a la oficina, el fiscal, que estaba sentado detrás de su escritorio pero de espaldas a la puerta, giró su sillón y le preguntó cordialmente:

¿En qué puedo ayudarlo caballero?

Alberto se quedó mudo, mirándolo; era el traductor...